

# Una MAD no atómica

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 3.10.09

La historia china es una historia de grandeza nacional. No resultó extraño por ello que las primeras palabras de Mao Tse Tung después de la victoria comunista tuvieran un tono nacionalista. "Nosotros, 475 millones de chinos, nos hemos levantado y nuestro futuro es infinitamente luminoso", dijo Mao en la plaza de Tiananmen de Pekín el 1 de octubre de 1949. Esta semana, en el 60.º aniversario de la fundación de la República Popular, conmemorado con una demostración de poderío militar, el presidente Hu Jintao dijo que China tiene un futuro "infinitamente brillante".

Antes del siglo XVIII, China fue un imperio desarrollado, con un centro imperial rodeado de territorios vasallos entre los que se incluían las actuales Coreas, Indochina, Tailandia, Birmania y Nepal. Pero japoneses, rusos y europeos impusieron sus dictados a partir de mediados del siglo XIX, cuando China ya no podía ser el centro del universo. Mao Tse Tung (1893-1976) quiso personificar la revancha china sobre las potencias extranjeras, pero el gran artífice del desquite fue Deng Xiaoping (1904-1997), el líder que en 1978 empezó a abrir la puerta al capitalismo.

A finales del siglo XVIII, cuando China había entrado en una fase de declive, el emperador chino respondió por carta al rey Jorge III de Inglaterra, cuyos emisarios le habían ofrecido algunos productos industriales para convencerle de que mantuviera una relación comercial con los británicos. "El celeste imperio, que gobierna sobre todo lo que se encuentra entre los cuatro mares (...) no otorga ningún valor a las cosas

raras y preciosas (...) ni tiene la más mínima necesidad de las manufacturas de vuestro país...", escribió el emperador. Dos siglos después, Deng demostró haber escarmentado en cabeza ajena.

La estrategia posmaoísta ha tenido éxito. En 1994, Deng Xiaoping expuso oblicuamente las dos metas de su geoestrategia: "En primer lugar, oponerse a la hegemonía y a la política de poder y salvaguardar la paz mundial; en segundo, construir un nuevo orden político y económico internacional". Y Zbigniew Brzezinski, consejero para la Seguridad Nacional de Carter, entendió así la geoestrategia de Deng: "La primera (meta), evidentemente, tiene como objetivo a Estados Unidos y su propósito es reducir la preponderancia estadounidense, evitando al mismo tiempo que se produzca una colisión militar, lo que acabaría con las aspiraciones chinas; la segunda pretende revisar la distribución del poder global" (El gran tablero, 1998).

Treinta años después, la geoestrategia de Deng ha dado sus frutos. Durante estos tres decenios, la política exterior china ha procurado no enfrentarse a Estados Unidos. No por entreguismo, sino por pragmatismo. Primero utilizó su acercamiento a Washington contra el Moscú soviético, del que no soportaba sus lecciones sobre marxismo; después dio prioridad al acceso a los mercados internacionales; más tarde logró que la matanza de Tiananmen no le cerrara la puerta de la Organización Mundial del Comercio, donde ingresó en el 2001; en el 2008 deslumbró con los Juegos Olímpicos de Pekín, y, con la crisis financiera internacional, ahora acaricia una redistribución del poder global.

El éxito de China puede resumirse en el hecho de que ha logrado

establecer una mutua dependencia económica con Estados Unidos. Esto es, el equivalente de la destrucción mutua asegurada de la guerra fría entre soviéticos y estadounidenses. En 1945, Estados Unidos fabricó y lanzó la bomba atómica de uranio, lo que le confirió una superioridad sin par en la historia. Pero Stalin anunció en 1949 la explosión de la primera bomba atómica rusa. Y a partir de aquí, la carrera armamentística entre las dos superpotencias desembocó en "el equilibrio del terror", aunque Henry Kissinger prefirió llamar MAD a esta situación. MAD significa "locura" en inglés, pero también es el acrónimo de Mutual Assured Destruction, que quiere decir destrucción mutua asegurada. Dicho de otra manera: tanto el arsenal soviético como el estadounidense podían, y pueden, provocar la destrucción total y, por tanto, ninguno de los dos bandos, aunque uno atacara por sorpresa, saldría indemne, por lo que esta dependencia mutua evitó el desastre global.

Estados Unidos y China tienen ahora una relación económica de dependencia mutua. China necesita el mercado estadounidense para sus productos y Estados Unidos necesita a China para financiar su deuda. ¿Qué significó, entonces, el gran desfile del aniversario? ¿Un aviso? El mensaje de que con estas armas ya no habrá más humillaciones tuvo como primer destinatario la audiencia nacional. Es decir, mientras ganen los favorables a la integración, Washington y Pekín considerarán una locura poner fin a su mutua dependencia económica.

## EL GRAN SALTO ADELANTE

Con Hu Jintao, presidente de la República Popular China desde el año 2003, China ha dado el gran salto adelante: es la tercera economía del mundo, el primer acreedor del Tesoro estadounidense (800.000 millones de dólares) y tiene la mayor reserva de divisas (2 billones). Hu, que

como Deng fue perseguido en la revolución cultural, encarna la cuarta generación de dirigentes desde 1949.

Una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, los comunistas liderados por Mao Tse Tung derrotaron al Kuomintang de Chang Kai Chek. El 1 de octubre de 1949, Mao proclamó la República Popular y cerró la puerta. En 1958, un pretendido gran salto adelante provocó una inmensa hambruna, y la revolución cultural, entre 1966 y 1976, otro desastre. La China de Mao luchó contra Estados Unidos en Corea (1950-53).

Deng Xiaoping inició en 1978, dos años después de la muerte de Mao, las reformas económicas que abrieron las puertas chinas al capitalismo. Con Deng como líder máximo chino, en 1979 - siete años después del histórico viaje de Richard Nixon a China-, Pekín y Washington normalizaron sus relaciones diplomáticas. La revista Time eligió entonces a Deng hombre del año. El líder máximo del cambio chino falleció en 1997.